

¡En vuestra compañía,
Hijos y esposa, á quienes tierno adoro,
Prendas del alma mía
Y superior tesoro
Al de los bienes que perdidos lloro!
Que si aspiré á renombre,
Era porque mi sombra os amparase,
Y en vosotros mi nombre
Largamente durase
Y en vosotros mi gloria reflejase.
Cérquenme mis amores
Y el cielo su existencia me dilate,
Que alivio en sus rigores
El mal que me combate
Tendrá y mi vida plácido remate;
Donde el polvo reposa
De la que fué la dulce madre mía,
Sabia, justa, amorosa,
En quien tener solía
Amparo y dicha cuando Dios quería;
Donde el mar afamado
Descubro, á España de infelice suerte,
En que mi padre amado
Cerró, cual varón fuerte,
Gloriosa vida con heroica muerte;
Aquí, fin propio tiene
De mi existencia la carrera dura,
Y yacer me conviene,
Muerto de muerte obscura,
Ignorado en humilde sepultura.

DON ANGEL DE SAAVEDRA

(*Duque de Rivas*).

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche;
Ronco huracán y borrascosas nubes
Confunden en tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:
Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.
En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta á tus pies, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:
Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en tí los ojos clava.
Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros:
Por él rueda la luna;

Y entonces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejás ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas alevés, áridos escollos,
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves.

Más tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmóvil posición indica
El trono de un monarca, eres su norte:
Les adviertes su engaño.

Así de la razón arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
O de alevés halagos de fortuna,
A los ojos del alma.

esque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio,

Ni una vez solo á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.

¡Cuántos ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... Tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
A sus hijos y esposa;

Otros, prófugos, pobres, perseguidos,
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes que lo hallaron tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde y sirve de norte á los bajeles
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
Me traen nuevas amargas y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cual mi pecho,
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos,
Ví tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
Malta!!! Malta!!! gritaron;
Y fuiste á nuestros ojos la aureola,
Que orna la frente de la santa imagen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás. Tan solo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado que corona
De Córdoba la torre.

LA CANCELA

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad
Que del Betis en la orilla
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad,
La primorosa *cancela*,
Que el patio y portal divide,
Y es transparente cautela,
Que contra importunos vela
Y que la vista no impide.
¿De quién será la invención?
De alguna vieja curiosa...
De alguna madre celosa...
Lo que yo sé es que un ladrón
No pudo inventar tal cosa.
¿Si será red que tendió
El amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
Cabe casi duda. Yo
Por red de amor la reputo.
Y red tan particular,
De malicia tan artera,
Que se suelen enredar
En ella, de almas un par,
Una dentro y otra fuera.
Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores
Transparente cortinaje,

O leve y sutil celaje
Son para unos amadores;
Mientras para otro son muro
De fuerte cárcel impía:
Tú, para mi fantasía
Producto eres de un conjuro:
Un cuadro de hechicería,
En la noche sobre todo,
Que es de portentos esfera,
Véate de cualquier modo,
Para observarte acomodo
Tome ya dentro ó ya fuera.
Desde la calle se ven
Por tu espacio transparente
A una luz resplandeciente,
Cual no la logró el Edén
Ni la da el sol en Oriente,
Columnas de mármol rico,
Y entre arbustos y entre flores
De vivísimos colores
Una fuente, cuyo pico
De plata murmura amores.
Y allá en sombras misteriosas
En el último confín,
Un fresco oscuro jardín,
Donde estrellas olorosas
Son las flores de un jazmín.
Y entre fragancia y frescura
Suele darnos la *cancela*
Una voz sonora y pura,
Que sus acentos mesura
Con el clave ó la vihuela:

Y el apacible murmullo
De tertulia bulliciosa,
Y la vista de una hermosa,
De las que son el orgullo
De esta tierra deliciosa.
Como silfida del aire
Por el patio cruza leve,
Con talle esbelto, pie breve,
Y con andaluz donaire
Que en fuego torna la nieve.
Y si una aparición tal
Se acerca con interés
A la cancela y portal,
¿De qué misero mortal
No arrastra el alma y los pies?
Pues desde el patio mirada
La cancela transparente
Es cosa muy diferente,
Mas no menos encantada
Para el que observarla intente.
Se presenta un cuadro á oscuras
Por do cruzan silenciosas,
Vagas, confusas, borrosas,
Mil fantásticas figuras
De apariencias caprichosas.
Y en donde se ve la noche,
Y se escuchan sus murmullos,
De las auras los arrullos,
Lejano rumor de un coche
Y ladridos y maulllos.
Pasa como fatuo fuego
De algún sereno la luz,

Un grupo sin formas luego,
Y con pausado sosiego
Un embozado andaluz.
Y la chispa de un cigarro,
Un bulto blanco y ligero,
El santo olio, el animero,
Y los cántaros y el carro
Del aguador callejero.
Y gente se oye que pasa
Fatigada de paseo,
Y la charla nada escasa,
En muy sabroso ceceo,
De familia que va á casa;
De una puerta el aldabón,
Una guitarra... un silbido...
En fin, de la confusión
De una inmensa población
El soñoliento rüido.
Acaso un bulto se ve
Allá en la pared de enfrente,
Que aguarda inmoble á que esté
Sola la calle, porque
Le es importuna la gente.
Y en cuanto sola la mira,
Tímido hacia la cancela
Ya se acerca y se retira,
Ya finje tos, ya suspira,
Y esperar le desconsuela;
Hasta que dentro la hermosa,
Silfida ó aparición,
Que también una ocasión
Está esperando anhelosa

Con inquieto corazón,
De la tertulia pesada
Cuando irse al último ve,
Y solo el patio, porque
Al gazpacho ú ensalada
Toda la familia fué,
La encuentra, la seña da,
Y linda se deja ver
Mas bien ángel que mujer,
Para el que esperando está
Cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera
Y de dentro la deidad
Van á unirse de carrera,
Y la red de hierro artera
Se atraviesa sin piedad.

Y ambos que blando algodón
Se torne la dura reja,
A quien dan su maldición,
Piden al amor, que deja
Las cosas como ellas son.

LA VEJEZ

Al Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.*

¿Dó me lleváis?... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro

Dan al rico salón,
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusión.
De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales transparentes
Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.
Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones,
De flores con que Mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.
Mas nada es para mí. También ansioso
Auré, cuando joven alentaba,
La copa del festín;
Pero ya delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno también esos licores
¡Desventurado! son;
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores,
Que alegran el salón.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.*

¿Qué me traéis? corceles vigorosos,
Armas bruñidas de templado acero.
¡Cuál relinchan aquéllos orgullosos!
¡Cómo de éstas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el són de músicas guerreras.

¿Y qué me importa á mí? Cuando lozano
Joven en ansia de la gloria ardía,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mía.

Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afán era tan solo,
Y del marcial clarín la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brío.

Placeres, gloria, aplausos y contento

Mire en torno la ardiente juventud;

Y la vejez disgustos, desaliento,

Y la muerte, y después el ataúd.

¿Qué pretendéis?... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena;
Frenético entusiasmo lo enagena,
Retiembla á sus palmadas el salón.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiración.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!

¿Y qué dicha más grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí. Cuando son hielo
La sangre, el corazón, la fantasía,
El fuego encantador de la poesía
Se apaga, hielo tórnase también.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmoción ni llanto
Versos tibios que se oyen con desdén.

Placeres, gloria, aplausos y contento

Mire en torno la ardiente juventud;

Y la vejez disgustos, desaliento,

Y la muerte, y después el ataúd.

¿Qué pretendéis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apañado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?

Para mí ya no es grato aquel paseo.
¡Cuánto, oh cielos lo fué!... Mas ya no llama
Mi atención la alta dama,
Que ostenta en su landó lujoso arreo.
Ni el inglés carruaje,
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea,

Ni el caballo, que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.
Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla
Y del ligero vaporoso rizo,
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.
¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?
¿Qué de amantes parejas el arrullo?
¿Qué el continuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?
Si algún caballo ó coche me atropella,
Apenas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de luz encuentro al paso
Huyen ¡ay! de los míos
Apagados, sombríos:
Y ni un semblante grato, una sonrisa
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El joven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,
No vé do pone el pie. Ya torna en ceño
Su semblante risueño
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto:
Y ya le causa susto,

La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso á entregar algún dichoso.
¡Ay, cielos!... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.
Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.
¿A dó me conducis?... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos, helados,
¿Queréis que entre de un baile en el salón?
Ved qué noche, qué cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aquilones braman;
Estas las horas de descanso son.
Mas el aura los suaves instrumentos,
Inundan de dulcísima armonía;
Vencen la luz del día
Las arañas de bronce y de cristal.
¡Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivifica contienen!
¡Qué dulce encanto tienen!
Un aura se respira celestial.
¡Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moca
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en raudo remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,
Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfia,
Y en confuso tropel vienen y van.

Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja,
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salón.

Hojas del fresco Octubre
Que manso viento lleva
Sobre la yerba nueva,
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí,
La confusión
De este salón
No es para mí.
¡Ay! me marea
El raudo giro
Que en torno miro;
Y cuando ondea

La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pie breve
El mio toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mi siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazón...
Me ahogo, sí...
Vamos de aquí,
La confusión
De este salón,
No es para mí.
Yo en él seré
Una fantasma,
Que hiela y pasma
A quien la ve.
Vamos de aquí,

No es el salón del baile para mí.
*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez, disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataid.*
¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina,
Si las montañas hunde y arruina,
Sorbe los mares y el volcán apaga,

¿Qué hará del hombre, efimera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apenas dura?
Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazón helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaños,

¿Qué es para el hombre el mundo? Una posada
De que debe partir al otro día.

¿Y cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente
Que lo restaura un poco, su consuelo,
Un mullido sillón todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquila su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento
O en los brazos de un sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracán, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni mirar la segur, que se avecina
Para segar su misera garganta.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y después el ataúd.*

EL CONDE DE VILLAMEDIANA

I

Los toros.

Está en la plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los días
De su rey Felipe cuarto.

Éste ocupa, con la reina
Y los jefes de palacio,
El regio balcón vestido
De tapices y brocados.

En los otros, que hermosean
Reposteros y damascos,
Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos,

Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,

Y de fiesta gran gentío
Los barandales y andamios,
Jardín do á impulso del viento
Ondean colores varios.

Ante la Panadería,
Del balcón del Rey debajo,
Y de espalda á la barrera,
En la arena del estadio,

La guardia Tudesca en ala,
Parece un muro de paño

Rojo y jalde, con cornisa
Hecha de rostros humanos,
Sobre la cual vuelan plumas
En lugar de jaramagos,
Y brillan las alabardas
Heridas del sol de Mayo.

Los alguaciles de corte,
Con sus varas en la mano,
A la jineta en rocines,
Están en fila á los lados.

El Rey, la Reina, los Grandes,
Las Damas, los Cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantos

En la plaza están, los ojos
Tornan de Toledo al arco,
Por cuya barrera asoma
Un caballero á caballo.

Vése enmedio de la arena,
Furia y humo respirando,
Los ojos como dos brasas,
Los cuernos ensangrentados,

Con la pezuña esparciendo
Ardiente polvo, el más bravo
Retinto, á quien dió Jarama
Yerba encantada en sus campos.

Aun no estrenó la almohadilla
De su cuello erguido y alto
Hierro alguno, ni ha embestido
Una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas

Y moribundos caballos,
Se ostenta como el guerrero
Que se corona de lauro,
Entre rendidos pendones,
Sobre muros derribados;
Del genio del exterminio
Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
De africana yegua parto,
Que de alba espuma salpica
El pretal, el pecho y brazos;
Que desdeñoso la tierra
Hiere á compás con los cascos;
Que una purpúrea gualdrapa
Con primorosos recamos,
De felpa y ante la silla,
En el testero un penacho,
La cabezada y rendaje
De oro y seda roja, y lazos

En el codón y en las crines
Soberbio ostenta y ufano;
A combatir con el toro
Sale aquel señor gallardo.

Viste una capa y ropilla
De terciopelo más blanco
Que la nieve, de oro y perlas
Trencillas y pasamanos;

Las cuchilladas, aforros,
Vueltas y faja, de raso
Carmesi; calzas de punto,
Borceguies datilados,

Valona y puños de encaje;
Esparcen reflejos claros
En su pecho los rubíes
De la cruz de Santiago.

Un sombrero con cintillo
De diamantes, sujetando
Seis blancas gentiles plumas,
Corona su noble garbo.

Con la izquierda rige el freno,
En la diestra lleva en alto
Un pequeño rejoncillo
Con la cuchilla de á palmo.

Acompáñanle dos pajes
A pie, de uno y otro lado;
Y llevan las rojas capas
Prontas al lance en la mano.

Siguenle sus escuderos
Y un gran tropel de lacayos,
Los que por respeto al toro
Se van haciendo rehacios.

Puesto en medio de la plaza
Personaje tan bizarro,
Saluda al Rey y á la Reina
Con gentil desembarazo.

Aquél, serio corresponde,
Ésta muestra sobresalto,
Mientras el concurso inmenso
Prorrumpe en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Tarsis,
Caballero cortesano,
Conde de Villamediana,

De Madrid y España encanto
Por su esclarecido ingenio,
Por su generoso trato,
Por su gallarda presencia,
Por su discreción y fausto.

Gran favor se le supone,
Aunque secreto, en palacio,
Pues susurran malas lenguas...
Pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
Y es poner puertas al campo,
Querer de los maliciosos
Sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,
Cortas las riendas, y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso á paso.

Este cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.

El paje de la derecha
Con grande soltura y garbo
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.

Embiste pues, el jinete
Tuerce el bridón, de soslayo
Pasa el toro, el otro paje
Con la capa hace otro engaño,

Y lo revuelve, y de nuevo
Lo para. Determinado

Le hostiga de frente el Conde;
Torna á embestir rebramando
El jarameño; parece
Que el caballero y caballo
Van á volar á las nubes,
Cuando de la fiera intactos
En primorosas corvetas
Se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
Bramido ronco lanzando,
Y desplómase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
De la cerviz, do clavado
Medio rejón aparece,
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente conde
Va al concurso saludando.
Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos;
Y, ¡viva! el pueblo, repite,
Y los caballeros, ¡bravo!
Y ¡qué galan! las mujeres,
Haciendo lengua las manos.
La Reina, que sin aliento
Los ojos desencajados
En jinete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa respirando;
«¡Qué bien pica el conde!» dice,
Y, «Muy bien,» los cortesanos

Repiten. El Rey responde:
«Bien pica, pero muy alto:»
Y en el rostro de la reina
Clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
Los señores de palacio,
En quienes opinión propia
Fuera un peregrino hallazgo,
Repitieron, no sabiendo
Lo que decían acaso,
Y de entrambas majestades
Queriendo seguir el rastro:
«Pica muy bien; mas debiera
Haber picado más bajo.»

Dos toros más se corrieron,
En que caballeros varios
Con gala y con valentía
Gran destreza demostraron;
Mas es pretender lucirlo
Después del Conde gallardo,
Exceso del amor propio,
Cuyos esfuerzos son vanos.
Ser en punto medio día
Las campanas avisaron
De Santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio
Retiráronse los reyes,
Tras ellos los cortesanos,
Y aquel inmenso gentío,
La plaza desocupando,
Se apiñó en arcos y puertas,

Haciendo un todo compacto,
Que por las primeras calles
Rompió, que luego en pedazos
Por otras más dividióse,
Después en grupos, que al cabo
Reducidos á familias,
Muy pronto se dispersaron.
Tal vez así se desagua
Un artificial pantano,
Cuando se abren las compuertas
Del malecón, y apretados
Torrentes por ellas salen,
Que luego en arroyos varios
Se dividen, y se pierden
Finalmente por los campos.

II

Las máscaras y cañas.

Siguió el festejo á la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la corte,
Cual lo estuvo la mañana.
Magníficas son las fiestas
Que la regia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso Monarca.
De clarines y tímboles
Al són que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas,
Que entonan guerrera marcha,

En orden y á lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas
Y al Rey y á la Reina acatan.
De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antigüallas,
Arbolando un estandarte
Con el blasón de sus armas;
Y de su música propia
Al compás de las sonatas,
Mézclanse ligeras luego,
Formando mimica danza,
En concertado desorden
De figuras ensayadas.
Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria,
De los fieles castellanos
Las dobles cueras y calzas,
Las fulgentes armaduras
De los infanzones gala,
Del ligero valenciano
Los zaragüelles y mantas,
De chistosos andaluces
Los sombreroes y capas
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata,
Los turbantes granadinos,
Jubas, albornoces, fajas,
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas,

De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas,
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas,
Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias,
Con los arcos y las flechas
Que el cacique indiano gasta,
Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusión bigarrada.

Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.

Aquí añafles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Más allá trompas guerreras,
Acá sonoras flautas:

Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras
Y crótalos en el otro;
Los caracoles de caza

Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio
Aún más aturde que halaga.

Por fin, terminado el baile
Sepáranse las comparsas,
Y hacia lados diferentes,
En orden puestas, descansan.

Y cada una se dirige,
Según la suerte la llama,
A saludar á los Reyes
Con solemnidad y pausa,
Y doblando la rodilla,
Ofrecen á su Monarca
Un rico dón de productos
De aquel reino que retratan.
Despejando luego todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas
Que á unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,
De doce nobles jinetes
Que de dos en dos avanzan.

El Conde de Orgaz, mancebo
De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.

Aquél, en caballo negro
Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,

Vestido sale: figura
Con argentinas escamas
Peto y espaldas, y azules